

# Apego, desarrollo y resiliencia

**Diego Alejandro Calle**

Magister en Filosofía Universidad del Valle. Psicólogo Universidad del Valle. Docente programa de psicología Universidad Pontificia Bolivariana seccional Palmira 2011. Correo: diacalle@hotmail.com

Universidad Pontificia Bolivariana –Seccional Palmira (Colombia)

Recibido: 18/02/10

Aceptado: 28/03/10

## Resumen

El presente texto gira entorno a la influencia del apego como característica etológica, en aspectos del desarrollo infantil y su incidencia en el surgimiento de la resiliencia como fenómeno psicosocial. Para ello, se hace inicialmente una revisión histórica de la concepción de neonato, sujeto y desarrollo desde la psicología, el psicoanálisis, la etología y la filosofía antropológica. Después se discuten evidencias psicobiológicas de la importancia que tiene el vínculo afectivo en el desarrollo infantil a través de los aportes de la psicología del desarrollo y de la neuropsicología infantil, para finalmente ilustrar la manera como dicho apego al potencializar el desarrollo humano, facilita la incorporación psíquica de tutores de resiliencia en los niños aún en momentos de adversidad.

---

Palabras claves

Apego, desarrollo infantil y resiliencia

# Attachment, development and resilience

## Abstract

This paper turns around the attachment and its relation with development and child resilience. It begins with a historical searching about baby means before born in the classic psychology. Then we take psychobiology elements which show clearly the relation between attachment and child development through the neuropsychology and the human etology. In fact, the article puts an end its topic finding the arrow around the concepts of resilience and attachment.

---

## Key Words

Attachment, child development and resilience.

# Apego, desenvolvimento e resiliência

## Resumo

O presente texto estuda a influência do apego como característica etológica, em aspectos do desenvolvimento infantil e sua incidência no surgimento da resiliência como fenômeno psicossocial. Para isso, se faz inicialmente uma revisão histórica da concepção de neonato, sujeito e desenvolvimento desde a psicologia, o psicanálise, a etologia e a filosofia antropológica. Depois discutem-se as evidências psicobiológicas sobre a importância que tem o vínculo afetivo no desenvolvimento infantil através das contribuições da psicologia do desenvolvimento e da neuropsicologia infantil, para finalmente ilustrar a maneira como dito apego, ao potencializar o desenvolvimento humano, facilita a incorporação psíquica de tutores de resiliência nos meninos ainda em momentos de adversidade.

---

## Palavras chave:

Apego, desenvolvimento infantil e resiliência

# Introducción

Para los investigadores del desarrollo durante buena parte del siglo XX, fueron de poco valor e interés las exploraciones sobre la ontogenia humana y su relación con la evolución de la conducta en el niño. Un ejemplo claro lo encontramos con el psicoanalista Rene Spitz, quien se refería al tema en los siguientes términos:

*“Deseo afirmar categóricamente que discrepo de las especulaciones de ciertos autores que pretenden que el infante da muestras de desagrado ya in útero. No hay medio de saber lo que expresa la conducta del feto. Encuentro igualmente inaceptables las especulaciones sobre la percepción sensorial del niño durante el parto o sobre la actividad psíquica en el recién nacido durante las primeras semanas y meses que siguen al nacimiento”.* (Spitz, R. *El primer año de vida del niño*. 1969, p. 40. Fondo de cultura económica. México).

Probablemente, esta falta de interés por la ontogénesis humana se deba a la histórica discusión filosófica entre lo innato y lo adquirido, que al igual que la dicotomía cuerpo–mente y la distinción entre el carácter objetivo y subjetivo de los fenómenos conductuales han determinado el desarrollo histórico de las ciencias del comportamiento y por su puesto de la filosofía antropológica.

No obstante, el desarrollo de la etología y en especial de la etología

humana, apoyada por los experimentos de escucha intrauterina, nos ha permitido identificar y reconocer el mundo del desarrollo fetal y su vinculación afectiva con el mundo externo. A tal punto, que alrededor de la vigesimoquinta semana de gestación podemos percibir claramente cómo el nuevo ser humano responde a los olores, las palabras, canciones y caricias de sus progenitores que resulta difícil reducir su respuesta a lo estrictamente biológico en el sentido clásico del término, producto del apego construido (Cyrulnik, B. 2005. p. 34).

Una prueba de lo anterior, la podemos encontrar al observar los cambios en la percepción química producidos durante los primeros meses de embarazo en la mujer. Es decir, los nuevos olores apetecidos por ella, los antojos y por supuesto el aumento de su sensibilidad a situaciones emocionales. Todas estas modificaciones son probablemente consecuencia de la transformación del funcionamiento del hipotálamo producto de la naciente vinculación afectiva originada a su vez por la conexión química entre la madre y el nuevo ser después de la implantación del feto en el útero.

De esta manera, queda claro que el bebé esta etológicamente completo antes de nacer, ya que, durante los últimos meses de gestación se encuentra dotado de una organización neuropsicológica que le permite desarrollar una amplia y variada gama de aprendizajes luego del nacimiento. Por lo tanto, es válido contemplar que al igual que en otras especies sociales, en la nuestra existe un equipamiento biológico que permite el desarrollo de la aculturación

desde los primeros estadios del desarrollo incluyendo el intrauterino.

## La construcción etológica del sujeto

Muchos dicen que el día del nacimiento es el inicio de la vida, otros dicen que es el comienzo de la muerte, pero luego de los planteamientos desarrollados en los apartados anteriores, podemos concluir que el doloroso y complicado proceso de parto en nuestras mujeres no sólo es consecuencia del “*retardo biológico*” causado por la neotenia, tal y como lo propuso Bolk, sino una “*mu danza ecológica*” (Cyrułnik, 2005, p. 47), dado que, simplemente el desarrollo del vínculo afectivo construido a través de la ontogenia pasa a tener un nuevo escenario en el que no sólo deberá fortalecerse, sino además enfrentarse a otros mundos y subjetividades a partir de las cuales el niño edificará su estructura psíquica y construirá su propia subjetividad.

En el momento mismo del nacimiento, la impregnación se fortalece a través de una nueva forma de expresión emocional, debido a que la vinculación química instaurada durante la ontogénesis ahora es acompañada de las otras modalidades sensoriales y de la diferenciación que el niño hace entre el olor, voz y caricias de su madre, con respecto a las de otras personas tal y como sucede con los primates de Harlow (1969).

En otras especies, la impronta establecida entre madre y cría al momento de nacer se ve fortalecida por la percepción de *gestalt* visuales o auditivas que

le permiten al recién nacido no solo ser improntados, sino además sobrevivir, ya que, logra reconocer los estímulos peligrosos o alimenticios a través de la relación entre signo y estímulo (Bowlby, 1979. p. 49)<sup>1</sup>.

Spitz (1965, p. 92), realizó experimentos sobre la *gestalt* visual con bebés entre el primer y tercer mes de edad, utilizando máscaras y estímulos que cumplieran con el criterio de *gestalt signo*<sup>2</sup>, encontrando una respuesta positiva por parte del infante manifestada a través de su sonrisa. A este fenómeno el autor lo llamo el primer “*organizador del Yo*”, considerando a este período de desarrollo como el de *pre-objeto o transición*, entre la etapa del no objeto y la construcción del Yo por medio de la figura maternal. Es decir que, para este psicoanalista el apego entre madre e hijo es adquirido luego del nacimiento y no antes.

No obstante, tal y como lo reseñaba en los primeros párrafos, el vínculo afectivo o apego, se empieza a construir mucho antes durante la propia gestación. La prueba de ello, que refuta los conceptos de Spitz, es el reconocimiento del olor y voz de la madre por parte del niño, así como su capacidad de mantener el contacto visual con la madre durante el proceso de lactancia.

---

1 El autor comenta el caso de petición de alimento por parte del polluelo de gaviota, provocado por la percepción de una mancha roja similar a la existente en el pico de una gaviota adulta y la respuesta de agresión del petirrojo, provocada por la percepción, en su territorio de un grupo de plumas rojas similares a las del pecho en un macho rival.

2 El autor denomina “gestalt signo” a las figuras compuestas por una frente, dos ojos y una nariz en medio.

La capacidad de percibir la totalidad de la figura y mantener la atención sobre imágenes relacionadas con los objetos de apego hasta aquí discutida, continúa a lo largo del desarrollo, convirtiéndose en la piedra angular del proceso de atención, el cual a su vez es el inicio del aprendizaje. Tal vez, la capacidad de percibir la totalidad del estímulo, explique el por qué muchos niños diagnosticados con trastorno de déficit atencional (TDA) y por ende dificultades de aprendizaje, reporten en su historia episodios de pérdidas afectivas o apegos disfuncionales (Dayan, A. 2006. p. 18). Es probable que, al igual que en otras patologías del desarrollo, el TDA encuentre una raíz etológica en el apego y una posibilidad de recuperación en la resiliencia natural a través de la construcción de nuevos tejidos afectivos. En conclusión, la gestalt visual expresada en la mirada fija a su progenitora y la vinculación olfativa constituyen los principales elementos de la mudanza ecológica. Ello significa que dicho acontecimiento refleja la continuidad entre la ontogénesis y el desarrollo, dejando en entre dicho la división entre lo innato y lo adquirido.

Los hallazgos de Spitz (1969) con niños entre dos y seis meses de nacidos, lo llevaron a concluir que los pequeños responden con una sonrisa a casi cualquier rostro humano. Siendo este fenómeno un proceso de percepción del signo y no una verdadera relación de objeto o apego. Otros autores (Dennis, Ahrens y Ambrose, citados por Bowlby, J. 1979. p. 58), confirmaron las hipótesis de Spitz al tratar de evitar al máximo que los niños recién nacidos entraran en contacto visual con rostros humanos. En todos los casos, los pequeños respondieron

de manera sonriente y con agrado a las imágenes de caras humanas.

Sin embargo, respuestas sonrientes en el niño se pueden encontrar antes de los dos meses. Durante el estadio de movimientos oculares rápidos (MOR) o sueño paradójico<sup>3</sup>, la sonrisa aparece de manera espontánea gracias a la acción de un neuropéptido que inerva los pares craneales (Cyrulnik, 1995, p. 81). Claro está, que dicha liberación neuroquímica usualmente esta precedida de un contacto corporal con la madre, la succión propia de la lactancia, palabras y gestos que el pequeño reconoce de su progenitora desde el mismo embarazo. Esto significa que el fortalecimiento del vínculo afectivo luego del parto facilita el desarrollo del infante, dado que, estimula la producción de la hormona de crecimiento y la liberación de neuropéptidos que modulan los patrones de acción fijos heredados por la evolución, al punto de permitirle al bebé expresar una sonrisa social en periodos de vigilia poco antes de los dos meses de edad.

Una vez mas, queda en cuestión la división filosófica entre lo innato y lo adquirido, que sin duda influyó en los análisis de Spitz, y en la corriente psicoanalítica del desarrollo, puesto que, en el surgimiento de la sonrisa social se observa un continuo entre el mundo antes del nacimiento y el mundo después de este, donde el lenguaje participa como un organizador de la neuroquímica cerebral.

3 Se conoce como paradójico, ya que, la formación reticular ha incrementado los umbrales sensitivos y sin embargo continua el diálogo entre tálamo y corteza igual que en el estado de vigilia. Ejemplo de ello son los sueños y pesadillas.

## Apego y desarrollo neurológico

A propósito de la modificación neurobiológica como consecuencia del apego, las futuras investigaciones sobre las células glías<sup>4</sup> del cerebro, en especial de la “oligo”, que se encarga de la mielinización en el desarrollo, podrán esclarecer la relación entre el apego y el desarrollo neuropsicológico de nuestra especie. En términos generales, la mielina es una lipoproteína aislante de las fibras nerviosas, no es indispensable para la comunicación nerviosa; pero sin ella la conducción neural es más lenta. La mielinización es necesaria para acelerar la transmisión de impulsos nerviosos y por tanto para optimizar la comunicación intercelular. La velocidad de conducción nerviosa varía con la edad, siendo más lenta en los niños, dado que poseen estructuras menos mielinizadas (Lopera, 1992. p.16).

“La mielinización de las neuronas motoras y sensitivas periféricas comienza a los tres meses de vida fetal en el ser humano, justo cuando se fortalece el vínculo químico base del apego entre madre e hijo que comentamos hace unos párrafos. Durante la segunda mitad de la ontogénesis, comienza la mielinización de las vías auditivas, propioceptivas y las vestibulares. De ahí, que sea válido pensar en la capacidad que tiene el neonato de percibir este tipo de

información proveniente de la madre” (Bobath y Kong, 1976. p. 12). Las vías aferentes visuales subcorticales se comienzan a mielinizar a los dos meses de vida fetal y termina hacia los tres meses de vida postnatal. La mielinización de los aferentes sensoriales a la neocorteza no comienza sino después del nacimiento y finaliza alrededor del primer año. La mielinización de la vía motora primaria inicia aproximadamente a los dos meses de edad y culmina a los doce con los primeros pasos del infante.

Aunque las vías somatosensoriales y motrices del sistema nervioso central comienzan a mielinizarse justo después del parto, a partir de las caricias y el contacto corporal con la madre, muchas de las conexiones del sistema límbico ya se han comenzado a mielinizar poco antes del nacimiento, en especial las fibras que vinculan a la amígdala y el hipocampo con el hipotálamo y el bulbo olfativo. Acerca de la mielinización y su relación con el vínculo afectivo, distintos estudios con niños prematuros, han demostrado que estos mielinizan su sistema nervioso más rápido que los nacidos a término, sobre todo aquellos que han recibido un acompañamiento por parte de su progenitora. Un ejemplo de ello son las famosas “*madres canguro*” (Lopera, 1992. p.18). De esta manera, la potencialización del proceso de mielinización ejercida por la impregnación, facilita el desarrollo de un gran número de conexiones que evolucionan y se transforman de acuerdo a las cargas afectivas movilizadas por los procesos de vinculación afectiva. Otorgándole así, al infante la plasticidad neurológica que favorecerá su adaptación progresiva a actividades mentales cada vez más complejas.

4 Estas células superan a las neuronas en proporción de cuatro a uno, se pueden regenerar y se dividen en tres tipos. Los astrocitos, encargados de proteger la sinapsis, las microglías de reparar el tejido y las oligodendroglías facilitan el proceso de mielinización.

Más allá de las diferencias, entre las conclusiones y explicaciones dadas por los autores discutidos a la respuesta sonriente del bebé, queda claro que dicha característica etológica, al igual que el apego a su figura materna y la tendencia a partir para explorar el mundo luego de los seis meses (Bowlby, 1979. p. 56), constituyen la base del desarrollo infantil en los seres humanos.

Un ejemplo claro de la participación del vínculo afectivo en el desarrollo neurológico a parte de la gestalt visual, de la sonrisa social y de la mielinización, lo constituye el surgimiento del lenguaje a partir de los sonidos que el niño reconoce de la madre desde la gestación.

La aparición del lenguaje y su función organizadora del psiquismo humano es reconocida por estudiosos del desarrollo como Vigotsky y Spitz, para citar sólo dos de los clásicos. Este último, a pesar de no contemplar a la ontogénesis y al nacimiento como un continuo etológico, sino como un proceso de construcción objetual, se refiere a la evolución del lenguaje:

*“Como fenómeno psicológico, la adquisición de la palabra nos proporciona también información ulterior acerca del tránsito del infante, desde el estado de pasividad hasta una actividad en la que la descarga como tal, se convierte en una fuente de satisfacción”.* (Spitz, R. *El primer año de vida del niño*. 1969, p. 51. Fondo de cultura económica. México).

Iniciándose así, un diálogo continuo entre el pequeño y su objeto primario de apego. Este hecho le permitirá al nuevo

ser comenzar a organizar su mundo psíquico.

Para la etología de la comunicación humana propuesta por Cyrulnik (1995) en su ensayo titulado *Del gesto a la palabra*, el lenguaje también cumple una función organizadora en el desarrollo infantil. No obstante, esta función no sólo se reduce al psiquismo desde el aspecto psicodinámico, sino también como un transformador de la estructura biológica, en especial de la neuropsicológica, de la conducta social, del aprendizaje y desde luego participa en la construcción de la subjetividad individual, la cual a su vez modifica su entorno cultural.

Ahora se dejará de lado la respuesta sonriente del bebé como primer aspecto etológico del desarrollo humano propuesto por Bowlby, para dedicarnos a discutir un poco el fenómeno de la evolución del apego hacia la figura maternal, su separación y la pérdida.

## Apego y conducta

Durante las últimas décadas se han ido acumulando gran cantidad de datos, indicios e investigaciones que indican una relación causal entre la pérdida de cuidados maternos en los primeros años de la vida y el desarrollo de patologías conductuales, orgánicas y problemas de aprendizaje tanto en la niñez como en la adolescencia e inclusive la vida adulta.

Poco después de los cinco meses de vida, el bebé muestra su preferencia al objeto materno encargado de la

lactancia, ya que al diferenciarlo de otras personas, el niño evidencia una alta tendencia a necesitar de su compañía (Bowlby, 1979. p. 67). Esta afirmación corrobora lo expuesto en los anteriores párrafos en donde hablamos del establecimiento del vínculo afectivo antes, durante y después del nacimiento. Este mecanismo etológico perdura hasta aproximadamente el primer año de vida. Entre los seis y los doce meses ocurre un proceso de “desprendimiento” paulatino en el que el infante traslada sus cargas afectivas sobre otros objetos que sustituyen por momentos a la madre. Dichos objetos han sido improntados por el olor de la madre, asociados a sus palabras, gestos y caricias en lo que Cyrulnik (1995) denomina función “oso de peluche”. Este fenómeno ya había sido descrito por otros autores del desarrollo como Spitz y Winnicott, sólo que a partir una perspectiva psicoanalítica.

Desde el primer año de vida, otras personas pueden adquirir importancia para el bebé. Es decir que luego del desarrollo de la función “oso de peluche”, el padre, los abuelos, tíos o cuidadores, comienzan a poseer valor afectivo para el infante. Sin embargo, continua siendo marcada la preferencia por la figura de apego generalmente la madre (Bowlby, 1969; 68).

La mayoría de los niños padecen pocas rupturas del apego durante sus primeros años de vida, ya que viven con su figura materna y los momentos durante los cuales ella esta ausente, son cuidados y atendidos por otra figura familiar. Otros por su parte, experimentan pérdidas afectivas de las personas de apego por diversas razones: Ser abandonados

por sus padres, estos pueden fallecer, o modificar su relación con el niño disminuyendo la calidad del vínculo. En términos generales las pérdidas pueden ser prolongadas, breves, únicas y repetidas.

Bowlby, (1979; 70) divide en tres fases el proceso de duelo del infante después de la separación y luego de un apego seguro: inicialmente solicita furioso y llorando el regreso de la madre, esperando su regreso, a esta fase la denomino el autor “fase de protesta”. Esta puede persistir desde unas horas hasta varios días. Luego de la protesta el bebé logra tranquilizarse, pero mantiene su preocupación por la ausencia de la figura maternal y por supuesto deseando su regreso. No obstante, el no cumplimiento de dicho deseo lo lleva a entrar en la fase de “desesperación”. Ejemplo de esta lo encontramos cuando los chicos dicen que sus padres ausentes por abandono o fallecimiento van a volver pronto luego de realizar alguna labor. Finalmente, se percibe en el niño un cambio importante. Este parece no recordar a su progenitora o figura de apego, al punto que cuando ella lo vuelve a buscar se muestra desinteresado en su compañía, inclusive en algunos casos reporta no conocerla. Esta es la fase de “desapego”, que sin duda indica un periodo de resolución del duelo ante la pérdida y de paso una estrategia etológica de adaptación que le permitirá reconstruir el vínculo de manera sana o establecer nuevos apegos y tejidos afectivos que repercutirán en su conducta social. Estas tres etapas poseen una raíz filogenética en otras especies. Pollock y Bowlby (1961), revisaron el proceso de pérdida en chimpancés, hallando que un macho de esta especie realizaba esfuerzos



por despertarla, aullaba ruidosamente y manifestaba su ira halando el pelo de su cabeza. Después de esto, solloza expresando tristeza, para luego entablar un nuevo apego con su cuidador.

Además, el proceso de pérdida cumple con otra función adaptativa básica en condiciones de vida salvaje, dado que perder el contacto con la progenitora significa desligarse del grupo o manada. Ello implica un riesgo grande para el organismo en especial para las crías, ya que al entrar en la fase de desesperación son fácil presa de sus predadores.

Las fases de duelo en el proceso de pérdida descritas en los párrafos anteriores son un fenómeno etológico propio de especies neoténicas como la nuestra. Sin embargo, no siempre se desarrollan estas tres fases de duelo ante la pérdida sana. En general, cuando las circunstancias de la vida y del entorno precipitan la aparición del “desapego” (Lindemann, 1994; Jacobson, 1957 y Engel, 1961; citados por Bowlby, 1979, p. 72).

Entre dichas circunstancias podemos encontrar las problemáticas sociales como la pobreza, la desigualdad de oportunidades de educación, el maltrato infantil, la vivienda y bienestar social (Barudy, 2001; 14). Como reflejo y parte de esto, en la actualidad se encuentra demarcada la situación de abandono en niños que debido a diferentes causas se van a ver enfrentados a una serie de privaciones que dejan secuelas en él, éstas se reflejan en aspectos físicos, sociales y psicológicos, generando consecuencias en su desarrollo y futuro.

Cuadros patológicos como la enuresis, los comportamientos regresivos<sup>5</sup>, los trastornos afectivos, los trastornos de pánico, el TDAH, trastornos psicóticos como el autismo o el enanismo psicosocial (*comentados en capítulos anteriores*) y por supuesto los desordenes en el desarrollo cognitivo reflejados en los rendimientos escolares, hacen parte de las probables consecuencias de un proceso de “desapego” precipitado o patológico.

Una evidencia clara, reciente y nacional de las repercusiones de la pérdida en el desarrollo la encontramos con Cardona y Gaitán (2007)<sup>6</sup> quienes realizaron el análisis comparativo de las funciones cognitivas atención y memoria en menores abandonados y no abandonados de la ciudad de Neiva. La investigación consistió en realizar un análisis comparativo de las funciones neuropsicológicas *atención y memoria* en 36 menores de edad con edades entre 7 y 15 años, divididos en dos grupos: Grupo I, menores de edad declarados en situación de abandono e institucionalizados; Grupo II, menores de edad con hogares estables y figuras de apego.

Los dos grupos fueron pareados por edad, nivel sociocultural y años de escolaridad. Se utilizó la prueba *neuropsi atención y memoria*<sup>7</sup> como batería neu-

5 Regresivas son las conductas en las que el niño se comporta como uno menor, es decir vuelve la rebeldía, tiene dificultades académicas, irritabilidad o temor a la oscuridad.

6 Cardona, Juan Felipe y Gaitán Oscar Javier. Análisis comparativo de las funciones cognitivas de atención y memoria en niños abandonados y no abandonados en Neiva. Tesis de Pregrado no publicada. Universidad Surcolombiana, Neiva, 2007.

7 La Batería Neuropsicológica Neuropsi Atención y Memoria, es un instrumento confiable

ropsicológica que evalúa los procesos de memoria, atención y funciones ejecutivas. Los sujetos en condición de abandono presentaron un desempeño más bajo que los sujetos no abandonados en la totalidad de las pruebas que evalúan las funciones cognitivas atención y memoria, reflejando una posible alteración de las áreas cerebrales involucradas en estos procesos cognitivos.

Entendiendo el fortalecimiento que dan los estudios en psicología a la teoría del apego y su alteración en el desarrollo. A nivel regional se encontró una investigación realizada por Argenis y Muñoz (2002), la cual buscaba conocer el Autoconcepto de un grupo de niños abandonados del ICBF comparado con el de otro grupo de niños con hogar de un colegio en la ciudad de Palmira.

El estudio tuvo como pregunta de investigación: ¿Hay diferencias significativas del Autoconcepto entre un grupo de niños abandonados del ICBF con el de otro grupo de niños con hogar de un colegio en la ciudad de Palmira? Dicho trabajo fue de tipo No experimental o expo-facto, y a manera de estudio descriptivo con un diseño transaccional. El instrumento utilizado fue la prueba de Autoconcepto de Tenesse de Roid y Fitts, de respuestas a 100 afirmaciones auto-descriptivas. La muestra estuvo constituida por niños de la ciudad

de Palmira que poseían conocimientos en lectura y escritura. Una parte de ellos pertenecían a una institución del ICBF y se encontraban declarados en situación de abandono. La otra parte, fueron estudiantes con hogar de un colegio de la ciudad de Palmira. Cada grupo estuvo constituido por 20 menores, ambos grupos fueron compuestos por 10 niños y 10 niñas.

Los resultados de este trabajo indicaron que los niños con hogar tienen una mejor percepción de sí mismos, gozan de mayor bienestar psicológico y salud mental que los infantes en situación de abandono. Por lo tanto, el abandono se convierte en una variable que influye en la formación y desarrollo del Autoconcepto en estos pequeños. También se evidencia la importancia que posee la familia, el apego, los cuidados, los factores de protección y la cercanía madre e hijo durante el proceso de desarrollo y construcción del sujeto.

## Resistir y construir

Es evidente que los seres humanos son más estables, tranquilos y potencializan mejor sus capacidades cuando piensan que tras ellos hay una o más personas confiables a las cuales pueden acudir cuando surjan dificultades. A este tipo de relación se le denomina “*apego seguro*” (Harlow, 1969) y el sujeto al cual queda el individuo impregnado “*figura de apego*” (Bowlby, 1969). Así pues, los miembros de nuestra especie se exponen a grandes problemas en el desarrollo cuando estas figuras se van, nos dejan o sencillamente se rompen

---

y objetivo, diseñado a partir de sólidas bases teóricas y experimentales de la neuropsicología. Cuenta con datos normativos de 6 a 85 años de edad y permite evaluar en detalle los procesos de atención y memoria en pacientes psiquiátricos, geriátricos, neurológicos y pacientes con diversos problemas médicos. Permite evaluar en detalle los tipos de atención (Ostrosky-Solis, Gómez, Matute, Roselli, Ardila y Pineda, 2003).

los vínculos. No obstante, tal y como lo revisamos en el texto anterior, los niños poseen la capacidad de elaborar el duelo por la figura perdida y prepararse para entablar nuevos lazos afectivos.

Aunque muchos de los estudios revisados hasta aquí demuestran alteraciones en el desarrollo físico y/o psicológico de la mayoría de niños que han sido abandonados, maltratados o simplemente presentan duelos no elaborados; es claro que un porcentaje de ellos demuestran desempeños normales y conductas socialmente aceptadas, que les permite ser funcionales en las sociedades contemporáneas.

A este fenómeno se le conoce como resiliencia. En la actualidad, este es un concepto clave en el ámbito de la salud mental, dado que resalta el estudio de las condiciones en las que los seres humanos logran enfrentarse a los traumatismos, conservando así su desarrollo emocional en condiciones óptimas (Guedeney, Citado por Lasprilla, 2007).

La palabra resiliencia, se originó inicialmente al interior de la física. Su significado es "*soltura de reacción o elasticidad*", designa la capacidad del acero para recuperar su forma inicial a pesar de los golpes que pueda recibir y de los esfuerzos que puedan hacerse para deformarlo. La palabra proviene del latín *resalire*, "*saltar y volver a saltar, recomenzar*" (Martínez y Vasquez-Bronfman, 2006: 30).

Al pasar a las ciencias sociales y del comportamiento humano, este término se convirtió en: "*la capacidad para triunfar, para vivir y desarrollar positivamente,*

*de manera socialmente aceptable, a pesar de la fatiga o de la adversidad, que suelen implicar riesgo grave de desenlace negativo*" (Vanistendael, Citado por Cyrulnik, 1999 p. 10).

Muchos autores coinciden en que la fundación de la resiliencia se da a comienzos de los años ochenta con los estudios longitudinales de Emmy Werner (1989, citada por Manciaux, 2003). En estos, doscientos niños declarados en "*riesgo de desarrollo anormal*", fueron observados hasta su edad adulta y se encontró que el 85 % de éstos no presentaron ningún tipo de conducta no adaptativa para su entorno social y cultural.

Con base en estos resultados y en relación con el desarrollo infantil, podemos adherirnos a la definición propuesta por Goodyer (1995), en la que resiliencia se concibe como la no existencia de alteraciones en la conducta social y el desarrollo cognitivo de un niño luego de haber experimentado situaciones adversas en su *micro sistema*<sup>8</sup> y en la interacción de este con los otros entornos de desarrollo.

Desde el punto de vista operacional, la resiliencia posee dos componentes principales (Vanistendael, 1996, citado por Manciaux, 2003): por un lado, la capacidad de *resistir a la destrucción*, esta hace referencia a la forma cómo el sujeto conserva su integridad física y psíquica,

8 Tomo la noción de núcleo familiar como un microsistema propuesta por Bronfenbrenner U. (1979) en la ecología del desarrollo humano. Este a su vez se desarrolla a partir de la diada madre e hijo, es decir el recurso etológico del apego.

a pesar de las adversidades vividas a lo largo del ciclo vital. Por el otro, se tiene la capacidad de *construir* una vida sana en la que se tejen vínculos afectivos positivos para el sujeto y la sociedad. Es decir que el individuo asume la responsabilidad de su desarrollo acorde con las normas y valores propios de su entorno sociocultural.

Son distintos los aspectos biológicos, sociales, ambientales y culturales si se quiere, los vinculados con el surgimiento de la resiliencia en un sujeto en desarrollo que se ve enfrentado a un evento traumático. A nivel general, distintos autores se refieren a estos como factores protectores que favorecen el desarrollo de la resiliencia en un niño (Manciaux, 2003). De esta manera, este autor agrupa los factores en cuatro categorías principales:

*Una relación estable con al menos uno de los padres o cuidadores (Ivit, 2003;34).* Este hace referencia a la construcción y/o mantenimiento de una diada básica o relación de apego, que cumpla con la función etológica de éste.

*Un apoyo social en la familia y fuera de ella (Ivit, 2003;34).* Considero que más que social sería psicosocial, ya que las relaciones entre sistemas participan de la construcción de la subjetividad individual y por ende de la conducta.

*Un entorno educativo emocionalmente positivo, abierto, que oriente y fije normas (Ivit, 2003;34).* Sin duda este punto es clave, por el hecho de ser la resiliencia un fenómeno etológico, implica un desarrollo favorable para el individuo y para la especie, es decir que la conducta del

niño en desarrollo debe ser adaptativa y funcional para su sociedad.

*Modelos sociales que inciten a desarrollar una actitud constructiva para superar las dificultades (Ivit, 2003;34).*

A continuación se hace hincapié en el recurso etológico del apego, ya que de acuerdo a lo discutido hasta ahora es relevante en el desarrollo de la resiliencia, como quiera que participa en los tres primeros factores de protección propuestos en el párrafo anterior.

Bowlby, (1979:129) plantea un cuadro de funcionamiento de la personalidad en desarrollo en el que se presentan dos grupos principales de influencias. Uno se refiere a la presencia, ausencia total o parcial de una figura inspiradora de confianza, capaz de proporcionarle al pequeño la base de un apego seguro. Por su parte, el otro se relaciona con la capacidad o incapacidad del niño para reconocer la persona de confianza<sup>9</sup> y entablar con ella una relación afectiva que permita una gratificación mutua.

En términos generales, Bowlby asegura que estos dos conjuntos de influencias interactúan a través de toda la vida y de distintos modos, permitiendo así que el individuo en desarrollo no sólo logre avanzar en dicho proceso sino, además, entablar nuevas relaciones sociales y por ende nuevos apegos que le permitan moldear su vida psíquica.

Por lo tanto, es plausible pensar que si bien no lo hizo de manera explícita,

<sup>9</sup> Ese concepto de Bowlby lo relaciono con la gestalt visual, la vinculación bioquímica que facilita la impronta.

este fundador de la teoría del apego en las ciencias del comportamiento humano, deja abierta la posibilidad de una resiliencia natural, ya que de acuerdo con Cyrulnik (1999:14), Bowlby decía:

*“La psicología reposa sobre un a priori implícito que sugiere que mientras más dura es la vida, más posibilidades hay de sufrir una depresión, lo cual no es cierto. Mientras más dura es la vida, más posibilidades hay de que nos parezca dura. Pero sufrimiento y tristeza no son dignos de depresión”.*

De esta manera, podemos inferir que necesitamos de un vínculo para sobrevivir, pero este no es único, es decir que a diferencia de otras especies podemos reparar nuestra vida emocional con otras figuras, sin necesidad de perecer o “perdernos”. Un ejemplo de ello lo tenemos con los niños después del primer año, cuando empiezan a incorporar nuevos familiares como figuras de apego ante la ausencia de la madre, sin necesidad de psicotizarse.

Por lo tanto, la resiliencia constituye un proceso dinámico en el que el niño es un entretendido de medios etológicos, afectivos y verbales. Es suficiente que uno de estos falle para que el traumatismo lo derrumbe. Igualmente, basta con que al menos uno de estos puntos de apoyo se mantenga estable para reconstruir o conservar el tejido (Cyrulnik, 1999:15).

De acuerdo con lo anterior, en la mayoría de los casos es el contacto con “el otro” el que abre la posibilidad de tejer una resiliencia. Es decir, el contacto visual, los sonidos, el contacto corporal

y el apoyo de una persona es lo que permite iniciar un proceso de resiliencia (Martínez y Vásquez-Bronfman, 2006).

A lo largo del ciclo vital, el niño encuentra personas (docentes, familiares, amigos, vecinos y demás) que se constituyen apegos funcionales o puntos de apoyo que son de gran importancia en la génesis de la resiliencia, sujetos a los que Cyrulnik (1999) denominó *Tutores de resiliencia*. Estos permiten que el individuo en desarrollo pueda comprender, asimilar y elaborar las secuelas psicológicas producidas por situaciones traumáticas como el abandono, el maltrato, la discriminación social y aun la discapacidad en todas sus esferas.

Es por ello que los menores impregnados afectivamente, antes del evento infortunado, por apegos inestables, es decir, aquellos que han sido abandonados, maltratados o abusados, poseen menos posibilidades de resistir, perdiendo frecuentemente el contacto con la realidad, presentando estados catatónicos, ausentes, mutistas y afectividad plana. Por su parte, a los que un vínculo permanente ha caracterizado su desarrollo emocional, logran encontrar varios mecanismos de defensa o adaptación social funcional como estrategia de afrontamiento del trauma (Cyrulnik, 1999: 22).

Sin embargo, aún en los casos en que no ha existido un apego funcional previo, es posible la aparición de nuevos tutores que le provean al menor un nuevo tejido que le permita corregir y reparar el vacío afectivo adquirido en sus relaciones primarias. Un ejemplo de esto, se puede observar claramente

cuando la familia es el lugar de la desdicha y la escuela se convierte en el lugar de tranquilidad. Es allí donde el pequeño juega a socializarse y donde es divertido aprender, a través de los tejidos contruidos por el niño y sus nuevos tutores de resiliencia.

Inclusive, luego de sufrir algún tipo de lesión cerebral, los tutores de resiliencia juegan un papel relevante. Hasta hace aproximadamente unos quince años, los profesionales de la rehabilitación humana y las neurociencias no habían identificado el rol del apego en la recuperación integral del síndrome neuropsicológico.

Cada vez más se reconoce el impacto que las relaciones emocionales tienen en el proceso de rehabilitación luego de una lesión. Muchas veces, luego del evento aparecen en el paciente sentimientos de miedo, frustración y pérdida de control de las habilidades cognitivas, que crean conductas de evitación y hostilidad ante el mundo que lo rodea. En la actualidad, en vez de separar el tratamiento de los síntomas cognitivos y emocionales de la persona, se pretende brindar una intervención integral que reconozca la interdependencia de estos dos aspectos (Ben-Yisay y Daniels-Zide, 2000 citados por Matter, 2003).

Hoy por hoy, son muchas las contribuciones favorables que los familiares pueden hacer al proceso de rehabilitación (Jacobs, 1999 citado por Fernández, 2001). Por un lado, para el autor los tutores permanecen por largo tiempo con el afectado y pueden servir de coterapeutas, recordándoles que utilicen las estrategias de rehabilitación entrenadas

previamente. Igualmente, la experiencia clínica indica que cuando los parientes o tutores se implican activamente en la recuperación de la persona con alteración neuropsicológica, ellos también se benefician psicológicamente, ya que, por una parte disminuyen sus sentimientos de culpa e indefinición, por otra comprenden mejor lo que le ocurre al afectado.

En este orden de ideas, los rehabilitadores contemporáneos coinciden en afirmar que la participación activa de las personas emocionalmente significativas para el paciente en recuperación, facilita la rehabilitación natural, que no es más que la transición ecológica del individuo nuevamente a su comunidad o ambiente cotidiano. Este resultado queda evidenciado en el desarrollo de habilidades sociales, el hecho de poder acceder a supermercados, sitios públicos y medios de transporte, y demás, sin sentirse inferior (Castillo de Rubén, 2002).

Igualmente, distintos estudios con menores han indicado que ciertos procesos cognitivos, como la atención selectiva y el paso de la memoria del corto al largo plazo, se vuelven más eficientes durante el desarrollo a lo largo de toda la niñez y la adolescencia (Gómez, Ostrosky y Prospero, 2003). Justamente gracias a la vinculación afectiva que a su vez potencia el proceso de mielinización y los procesos de rehabilitación de habilidades escolares, diseñados y ejecutados por los terapeutas ocupacionales, psicólogos y neuropsicólogos.

La vinculación afectiva o apego, entonces no es un proceso lineal, la

resiliencia producto de nuevos apegos construidos a partir de los tutores lo demuestra. Queda en cuestión así, el determinismo psíquico del desarrollo propuesto por corrientes teóricas de la psicología como el psicoanálisis y la psicología cognitivo conductual. Estos siempre han indicado que la conducta humana se podía describir a través de una relación causa efecto. Es decir, un determinismo. No obstante, dicho determinismo es válido sólo en los casos de las patologías del comportamiento, como quiera que no todos los que han crecido en circunstancias disfuncionales, han sido víctima de la violencia, del abandono o abuso sexual, han desarrollado alteraciones en los procesos de aprendizaje y conducta social sin la intervención del terapeuta.

Tomkiewicz (2003, citado por Martínez y Vásquez 2006) aborda el tema de la resiliencia en relación con los “*falsos determinismos*”. Este autor argumenta que dicho proceso etológico posee una naturaleza probabilística. Esto significa que este no intenta sólo constatar la existencia de un problema o de una carencia, sino de buscar, a partir de dicha constatación, el proceso resiliente en el niño a través de la acción de los tutores y la introducción de éstos en su entorno primario. En términos más sencillos, no es conveniente patologizar *a priori* a las personas que han sufrido traumas. Igualmente, previene Tomkiewicz no es recomendable negar las dificultades y cerrarse a un solo tutor de resiliencia, ya que siendo esta un proceso dinámico, un solo apego o un solo desarrollo resiliente no vuelve al pequeño invulnerable. Es decir, que a lo largo de la vida las posibilidades de nuevos

traumatismos y procesos resilientes van surgiendo.

Todo lo expuesto anteriormente, indica que la existencia de la resiliencia natural en nuestra especie, exige una mirada anti determinista, si se puede, para el estudio de la conducta humana y desde luego, para la concepción contemporánea de hombre que posee la antropología filosófica.

De acuerdo a lo discutido a lo largo del presente escrito, se puede concluir que el apego en los seres humanos como recurso etológico, permite el desarrollo del infante en todas sus esferas, por medio de la combinación de elementos semiológicos y biológicos edificadas en un continuo filogenético y ontogenético y evolutivo. De esta manera, las alteraciones en el proceso de vinculación afectiva, como la pérdida, pueden acarrear disfunciones a nivel del desarrollo cognitivo, del lenguaje, la motricidad y en especial de la conducta social, ya que distintos autores, han relacionado a la pérdida afectiva con problemas en la construcción del sujeto en la etapa adulta (Winnicott, 1969; Bowlby, 1979).

En este sentido, se considera pertinente que los futuros estudios en desarrollo humano incorporen una perspectiva etológica integral en la que, al igual que Cyrulnik (1995), se contemple el comportamiento humano como producto de un ciento por ciento de innatismo y otro ciento por ciento de experiencia. Claro, esta propuesta implica plantearnos una nueva definición de las ciencias humanas, biológicas y de la filosofía misma inclusive.

# R

## Referencias

- Barudy, J. (2001). El dolor invisible de la infancia. Una lectura ecosistémica del maltrato infantil. España: Paidós.
- Bowlby, J. (1979). Vínculos afectivos. Formación, desarrollo y pérdida. Bogotá: Ediciones Morata.
- Cardona, J y Gaitán, O. (2007). Análisis comparativo de las funciones cognitivas de atención y memoria en niños abandonados y no abandonados en Neiva. Tesis de Pregrado no publicada. Universidad Surcolombiana, Neiva.
- Cyrulnik, B. (1995). Del gesto a la palabra. Madrid: Editorial Gedisa.
- Cyrulnik, B. (2005). Bajo el signo del vínculo. Madrid: Editorial Gedisa.
- Dayan, A. (2007). Trastorno de déficit atencional. Cerebral cortex
- Instituto Colombiano de bienestar familiar. 2006. Código de infancia y la adolescencia.
- Muñoz, E. Liz, A. Estudio comparativo del Auto concepto de niños abandonados en el ICBF y niños con hogar del colegio Agustiniiano de la ciudad de Palmira. 2002 Tesis de pregrado no publicada Universidad Santiago de Cali.
- Spitz, R. (1969). El primer año de vida del niño. Madrid: Editorial Paidós.
- Bronfenbrenner, U. (1979). La ecología del desarrollo humano. Barcelona: Paidós.
- Castillo de Rúbe, A. (2002). Rehabilitación neuropsicológica en el siglo XXI. Revista mexicana de neurociencia.
- Manciaux, (2004). La resiliencia: Factores de riesgo y vulnerabilidad, factores de protección. Resiliencia "Desvictimizar a la victima". CEIC, Cali 2004.
- Matter, C. (2003). Introducción a la rehabilitación cognitiva. *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*, 21, 11-20.
- Martínez, I. y Vásquez-Bronfman, I. (2006). La resiliencia invisible. Infancia, inclusión social y tutores de vida. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Winnicott, (1979). Realidad y juego. Buenos Aires: Paidós 1979.